

Al mismo tiempo, de todas las tiendas salían amos, dependientes, aprendices, armados de garretes, de picas, hachas, barras de fierro, arrojando delante de los caballeros todo lo que podía detener su marcha, mientras que más adelante otros levantaban barricadas.

Las primeras de estas barricadas fueron salvadas por los fugitivos sin mucho trabajo, porque estaban á medio levantar; pero á medida que avanzaban los obstáculos se hacían mayores. Cuando llegaron á los mercados encontraron el paso interceptado por todas partes.

—Amis!—esclamó Mateo de Mercq,—volvamos brida, y riña con esos perros.

Y uniéndose al ejemplo al consejo, hizo frente á Caboche y sus hombres, que no habían cesado de correr, y que no estaban más que á algunos pasos de él.

Su hermano y sus amigos lo imitaron al momento, mientras que por su parte, el terrible capitán se disponía á atacarlos resueltamente.

En un instante la reunión estuvo espantosa: la ventaja estuvo primero por los caballeros, que con la brida entre los dientes, manejaban á dos manos sus largas y fuertes espadas, cada uno de cuyos golpes derribaba á un hombre.

Caboche, según su costumbre, se batía como un desesperado.

Conociendo que su gente iba perdiéndose, porque sus golpes se dirigían hácia los ginetes á quienes no alcanzaban, volvió la cara gritando:

—Muchachos! á los caballos! . . . Sus! á los caballos, y pronto daremos cuenta de estos condenados.

Apénas había pronunciado estas palabras, cuando de un golpe de su ancho cuchillo, hendía la cabeza del caballo de Tomas de Mercq.

El caballero no siendo herido, se puso en pié ligeramente, y levantando su larga espada de dos filos sobre la cabeza del capitán, iba á descargarle un golpe terrible, cuando Caboche, agachándose le pasó su ancho cuchillo al través del cuerpo.

El feroz carnicero lanzó un rugido de alegría viendo caer á su enemigo; sus fuerzas se centuplicaron de la misma manera que en el palacio de Nesle y en la torre del agua se había hecho invencible.

Mateo de Mercq, que se había lanzado á socorrer á su hermano, llegó demasiado tarde para salvarle; pero demasiado pronto para encontrarse frente á Caboche, quien comenzaba á embriagarse con la sangre, como le acontecía siempre en tales casos.

—A tí, perro degollador!—gritó lanzando su caballo contra el carnicero.

—Si soy degollador te ahorcaré como á un animal dañino,—respondió el capitán.

Y corriendo hácia su lado, pasó debajo del caballo, lo desbarrigó y salió del otro lado, para venir á caer sobre el caballero, que tuvo la misma suerte que su hermano.

Solamente algunos de los caballeros, llegaron á escapar de la muerte, escalan-

do una barricada; todos los demás perecieron, porque en tales encuentros era muy raro que se hicieran prisioneros.

Caboche, sin embargo, no estaba completamente satisfecho.

—Vaya, compadre,—dijo á Capeluche, no tendréis más que uno menos que despachar; ponedlos á la obra y haced buena presa.

Capeluche no era hombre que se hacia de rogar para desempeñar perfectamente su oficio.

Tuvo, pues, ese día un buen jornal, según se lo había prometido el capitán, sin que esto hubiese causado gran sensación en París.

Estaban ya acostumbrados á estas matanzas cotidianas, era casi el estado normal de la ciudad.

Caboche estaba, pues, completamente victorioso; sus manos y sus vestidos estaban empapados con la sangre de los hermanos de Mercq; creyó que no le faltaba ya más que presentarse á la tierna y fantástica Blanca, para obtener de ella la confesión más dulce; de la misma manera que le parecía imposible que el duque de Berry rehusase su alianza, cuando le hubiese mostrado la orden de la reina que lo hacia tan poderoso.

Corrió, pues, hácia el palacio de Nesle, cuyas puertas le estaban ántes abiertas, sin pensar en reparar siquiera el desorden de sus vestidos ensangrentados.

Un silencio lúgubre reinaba en este palacio cuando Caboche se presentó en él: se veían las gentes del príncipe ir y venir con aire asombrado y hablando por lo bajo.

Todas las capillas resplandecían con la luz de innumerables cirios, y en la iglesia de los Pequeños Agustinos, cercana al palacio, sonaba un toque funeral.

Caboche, después de darse á conocer, penetró en el interior y se dirigió desde luego hácia la torre de Nesle, deseando ante todo hablar á Blanca.

—No se pasal!—le dijo el primer centinela que encontró.

—Atras, muchacho! tal orden no se ha dado para el capitán general de las milicias de París.

—La orden es para todos, señor.

—¿Será necesario entonces pasar recado á la señorita Blanca?

—La señorita Blanca no está en esa torre, señor, sino al lado de su padre monseñor el duque de Berry, ahora en peligro de muerte.

Estas palabras produjeron sobre Caboche un efecto terrible; poco faltó para que oyéndolas cayese á tierra.

En efecto, era porque la muerte del duque de Berry destruía en este momento todas sus esperanzas.

—Por el diablo!—es preciso que no muera—esclamó.

Y habiéndose hecho conducir á las habitaciones del príncipe, se internó en ellas. A medida que se aproximaba, una especie de murmullo lúgubre resonaba más claramente en sus oídos; veía pasar cerca de él, gentes pálidas y azora-

das; pero que no tenían ni una lágrima en las pestañas: las lágrimas son raras en esos casos.

Por fin el capitán llegó á la cámara mortuoria; porque el duque realmente habia muerto: atacado de una apoplejía, habia sucumbido sin tener tiempo para nada.

Cerca del lecho estaba arrodillada Blanca, teniendo una de las manos de su padre, que cubria de besos y regaba de lágrimas.

A este aspecto, Caboche, ese hombre sin corazón, ese asesino implacable, se sintió profundamente conmovido; también él cayó de rodillas, y con las manos enclavijadas y la frente postrada fué como esperó una mirada de Blanca.

Por su mal esta mirada llegó demasiado pronto; porque la jóven no vió desde luego, mas que estas manos y estos vestidos ensangrentados: se llenó de espanto, y una revolución completa se operó en ella.

—¿Sois vos, señor capitán?—dijo.

—Yo mismo, señorita, y venia á daros una buena noticia, á saber, que Tomás de Mercq, ya no os importunará mas.

—Ah! Dios mío!...el caballero....

—Ha muerto, señorita Blanca.

Blanca se puso de pié con violenta exaltación.

—Atras!...Atras!...—esclamó—Oh! eso es demasiado, demasiado. Yo no quiero asesinos!...eso es demasiado...demasiado.

A estas palabras, vaciló y cayó sobre el pavimento, torciendo las manos y lanzando gritos desgarradores.

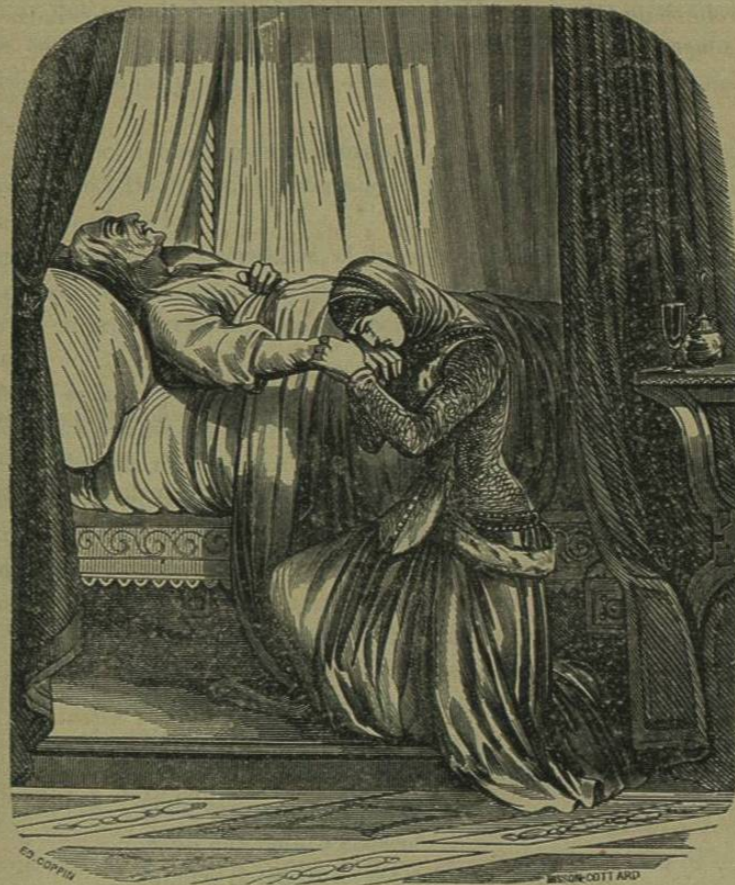
Caboche estaba aterrado; parecia que sus rodillas estaban clavadas sobre el piso que tocaban, y no se levantó de allí, hasta que se llevaron á Blanca para confiarla á los cuidados de sus damas.

Esto pasaba el 14 de Junio de 1416.

El duque de Berry, nacido en 1340, tenia, pues, entonces setenta y cuatro años.

“La muerte de este príncipe, dice un cronista, fué una gran pérdida para el reino; porque habia sido en su tiempo un príncipe valiente y honrado, y gastaba mucho en piedras preciosas; festejaba y acogia gustoso á los extranjeros, y les hacia participar francamente de sus bienes.

“Sus funerales fueron tan magníficos como habia sido su vida: hubo gran concurrencia de señores, de hidalgos y pueblo; sus innumerables criados de todas categorías asistieron; todos fueron vestidos con grandes mantos negros, suministrados á espensas de la sucesión; se vió también una multitud de pobres á los cuales se distribuyó en limosnas, una suma de dos mil escudos de oro, segun la voluntad espresada por el difunto duque en el testamento que habia hecho ocho dias ántes de su muerte.



CAPILLA ALFONSINA  
UNIVERSITARIA

Por este testamento, ordenó una restitucion muy loable y que tiene gran mérito, si se atiende á las ideas de su siglo.  
Se acostumbraba que cuando un hombre era condenado á muerte, por algunos crímenes, sus bienes fuesen confiscados en provecho de un señor, y en perjuicio de sus herederos legítimos, y aún de sus hijos.  
Los mismos príncipes de la sangre no se avergonzaban de enriquecerse con tales despojos, y mas de una vez se vieron ejecuciones que no tenían otros motivos que el deseo de apoderarse de las riquezas del condenado inocente.  
A-í es, que cuando la ejecucion de Juan de Montagu, sus joyas fueron confiscadas, en beneficio del duque de Berry; pero éste, por su testamento, ordenó restituirlas á las hijas y herederos de este desgraciado, gran maestro del palacio del rey.  
El cuerpo del duque fué embalsamado, depositado en la torre de Nesle, y de allí trasportado á Bourgues, y enterrado en la santa capilla que habia hecho construir para el efecto.  
Antes de escoger esta sepultura, el duque habia querido ser enterrado en el portal meridional de la iglesia de los Santos Inocentes en Paris.  
En las cuatro estremidades de este portal habia hecho grabar y esculpir sus blasones.  
Por sus órdenes y á sus espensas, un hábil artista esculpió allí tambien la leyenda de los tres vivos y los tres muertos.  
Debajo de cada uno de estos personajes estaban grabados los versos que la leyenda pone en su boca en forma de conversacion.  
Otra inscripcion en verso, anunciaba que el duque habia hecho eleccion de este lugar para su sepultura.

En l'an mil quatre cent huit.  
Jehan, duc de Berry très-puissant.  
En tous vertus bien instruit.  
Et prince en France florissant.  
Par humain cours lors congnoissant.  
Qu'il convient toute créature.  
Ainsi que nature consent.  
Mourir et tendre á pourriture.  
Fit taillert ci sa sépulture.  
Des trois vifs aussi des trois morts.  
Et de ses deniers la facture.  
En paya par justes accorts, &c."

Ocho dias despues de la muerte de su padre, Blanca se retiró á la abadía de Maubuisson, cerca de Pontoise, donde un siglo ántes Juana y Blanca de Borgonia habian sido encerradas por orden de Felipe el Hermoso, con motivo de los

Por este testamento, ordenó una restitucion muy loable y que tiene gran mérito, si se atiende á las ideas de su siglo.  
Se acostumbraba que cuando un hombre era condenado á muerte, por algunos crímenes, sus bienes fuesen confiscados en provecho de un señor, y en perjuicio de sus herederos legítimos, y aún de sus hijos.  
Los mismos príncipes de la sangre no se avergonzaban de enriquecerse con tales despojos, y mas de una vez se vieron ejecuciones que no tenían otros motivos que el deseo de apoderarse de las riquezas del condenado inocente.  
A-í es, que cuando la ejecucion de Juan de Montagu, sus joyas fueron confiscadas, en beneficio del duque de Berry; pero éste, por su testamento, ordenó restituirlas á las hijas y herederos de este desgraciado, gran maestro del palacio del rey.  
El cuerpo del duque fué embalsamado, depositado en la torre de Nesle, y de allí trasportado á Bourgues, y enterrado en la santa capilla que habia hecho construir para el efecto.  
Antes de escoger esta sepultura, el duque habia querido ser enterrado en el portal meridional de la iglesia de los Santos Inocentes en Paris.  
En las cuatro estremidades de este portal habia hecho grabar y esculpir sus blasones.  
Por sus órdenes y á sus espensas, un hábil artista esculpió allí tambien la leyenda de los tres vivos y los tres muertos.  
Debajo de cada uno de estos personajes estaban grabados los versos que la leyenda pone en su boca en forma de conversacion.  
Otra inscripcion en verso, anunciaba que el duque habia hecho eleccion de este lugar para su sepultura.

En l'an mil quatre cent huit.  
Jehan, duc de Berry très-puissant.  
En tous vertus bien instruit.  
Et prince en France florissant.  
Par humain cours lors congnoissant.  
Qu'il convient toute créature.  
Ainsi que nature consent.  
Mourir et tendre á pourriture.  
Fit taillert ci sa sépulture.  
Des trois vifs aussi des trois morts.  
Et de ses deniers la facture.  
En paya par justes accorts, &c."

Ocho dias despues de la muerte de su padre, Blanca se retiró á la abadía de Maubuisson, cerca de Pontoise, donde un siglo ántes Juana y Blanca de Borgonia habian sido encerradas por orden de Felipe el Hermoso, con motivo de los

U. A. N. L.

desórdenes á que se habian entregado, en la torre de Nesle, segun hemos dicho ántes.

Una revolucion completa se habia operado en el espíritu y en el corazon de la jóven Blanca de Berry.

Caboche le causaba ya horror, y tomó el velo el año siguiente, sin manifestar el menor pesar por el mundo, que dejaba así tan jóven y tan bella.

Juan de Berry habiendo muerto sin hijos varones, el palacio de Nesle y sus dependencias volvieron al dominio de la corona.

Entónces cesó durante algun tiempo de ser una morada de señores.

La guerra contra los ingleses dió á Paris un aspecto completamente militar, el palacio de Nesle se convirtió en una fortaleza con guarnicion, siendo la posicion de tan buena defensa como el Louvre y la Bastilla de San Antonio, fortalezas que se reputaban entonces como inespugnables.

Caboche rugió de furor al saber que Blanca habia entrado de religiosa, y se ha visto ántes en la relacion de los acontecimientos politicos en los cuales tomó parte, que continuó siendo el mas temible de los asesinos que durante veinte años ensangrentaron la capital.

## XVI.

Muerte del duque de Borgoña Juan-sin-Miedo.—Venganza y desastres.—Los ingleses en la torre de Nesle.—El palacio de Nesle bajo Cárlos VII, Luis XI y Cárlos VIII.—El palacio de Nesle bajo Francisco I.—Benvenuto Cellini en el palacio de Nesle.—La duquesa de Etampes en la torre de Nesle.

La Francia desgarrada, torturada por la guerra civil, intentaba en vano hacer frente á los ingleses.

Cárlos V, rey de Inglaterra, aprovechándose de los disturbios interiores, toma á Rouen y marcha victorioso sobre Paris.

El delfin y el duque de Borgoña, en presencia de tan gran peligro, piensan unirse para batir al enemigo comun; se dan una cita para el puente de Montreuil, y los dos se dirigieron á él en efecto con una comitiva poco numerosa; pero apenas aparece el duque de Borgoña cuando cae herido mortalmente por Tanguy-Duchatel, uno de los diez oficiales que acompañaban al delfin.

De esta manera se hace imposible toda conciliacion; Felipe el Bueno, hijo de Juan-sin-Miedo, no pensaba ya mas que en vengar la muerte de su padre; trata con el rey de Inglaterra Enrique V, de acuerdo con la reina Isabel, que traicionaba así á la vez á su esposo, á su rey, á su hijo y á su país; introduce á los ingleses en Paris, y el parlamento asociándose bajamente á esta infame traicion, publica un decreto que declara al delfin relegado de sus derechos á la corona y reconoca á Enrique V como el único heredero legítimo de Cárlos VI.

Desde luego los ingleses fueron dueños absolutos del reino, á escepcion de la pequeña parte que el delfin, á la cabeza de algunos hombres de corazon, defendia de una manera que hacia olvidar las faltas y las debilidades de todo género de que se habia hecho culpable.

Sin embargo, á pesar de la presencia del enemigo en sus muros, los parisien-  
ses se defendian aún militarmente: ocupaban el Louvre, la Bastilla, el palacio de Nesle.